

EL VOLUNTARIADO Y SU COLABORACIÓN EN RESIDENCIAS DE ANCIANOS

VOLUNTEERING AND ITS COLLABORATION IN NURSING HOMES

Casimiro Bodelón Sánchez

Psicólogo clínico

León - España

RESUMEN

Quién es el anciano, sus necesidades más urgentes y en qué consiste esa realidad del "envejecer" son el punto de partida para abordar seguidamente la pregunta sobre el voluntario, y la respuesta que puede ofertar, si lo incluimos en el diario devenir de nuestras residencias. Los recuerdos y las experiencias conllevan una constelación de afectos cuya pérdida puede, en la mayoría de los casos, provocar en los ancianos regresiones infantiles, mayor sensibilidad a temores y miedos. Unos sentimientos afectivos muy perniciosos que pueden llevar a frustraciones, pérdidas y fracasos. Son situaciones del proceso del devenir humano, que tenemos obligación de humanizar y aliviando de las cargas negativas o destructivas, en lo que esté a nuestro alcance. En este contexto el voluntario no tiene por qué ser un especialista, pero su labor concreta sí exige una preparación adecuada. Los voluntarios son necesarios y útiles para optimizar el bienestar de los residentes. El aislamiento y la soledad son males progresivos que aquejan a la mayoría de los residentes; el voluntario ha de aportar un "plus" de calidad, y calor humano y afectivo, que es indispensable y, que convierte su servicio en un auténtico "regalo para los residentes".

PALABRAS CLAVE: Anciano, voluntario, proceso de envejecimiento, formación y acompañamiento, optimizar el bienestar.

ABSTRACT

Who is the elderly person, their most urgent needs and what does this reality of "getting old" consist of are the starting point to then address the questions about the volunteer, and the answer that they can offer, if we include them in the daily becoming of our residences. Memories and experiences carry a constellation of affections whose loss can, in most cases, provoke childhood regressions in the elderly, greater sensitivity to fears and fears. Very pernicious affective feelings that can lead to frustrations, losses and failure. They are situations of the process of human becoming, which we have an obligation to humanize and relieve negative or destructive charges, in what is within our reach. In this context, the volunteer does not have to be a specialist, but their specific work does require adequate preparation. Volunteers are necessary and helpful in optimizing the well-being of residents. Isolation and loneliness are progressive ills that afflict most residents; the volunteer must provide a "plus" of quality, and human and emotional warmth. That it is indispensable and that it turns your service into a real "gift for the residents".

KEYWORDS: Elderly, volunteer, aging process, training and support, optimizing well-being.

Correspondencia: cabosan@hotmail.com

1.- Introducción

En este Seminario que se me ha encomendado sobre el “Papel del los Voluntarios en las residencias de ancianos y su inclusión en las mismas”, me he propuesto en primer lugar ofrecer una visión global muy rápida y simplificada del ciclo vital (ver en imagen), centrándome inmediatamente en el objetivo que nos interesa: EL ANCIANO, quién es y en qué consiste esa realidad del “envejecer” para, seguidamente, hacerme la misma pregunta sobre el VOLUNTARIO, concluyendo con la respuesta que éste puede ofertar, si lo incluimos en el diario devenir de nuestras residencias.

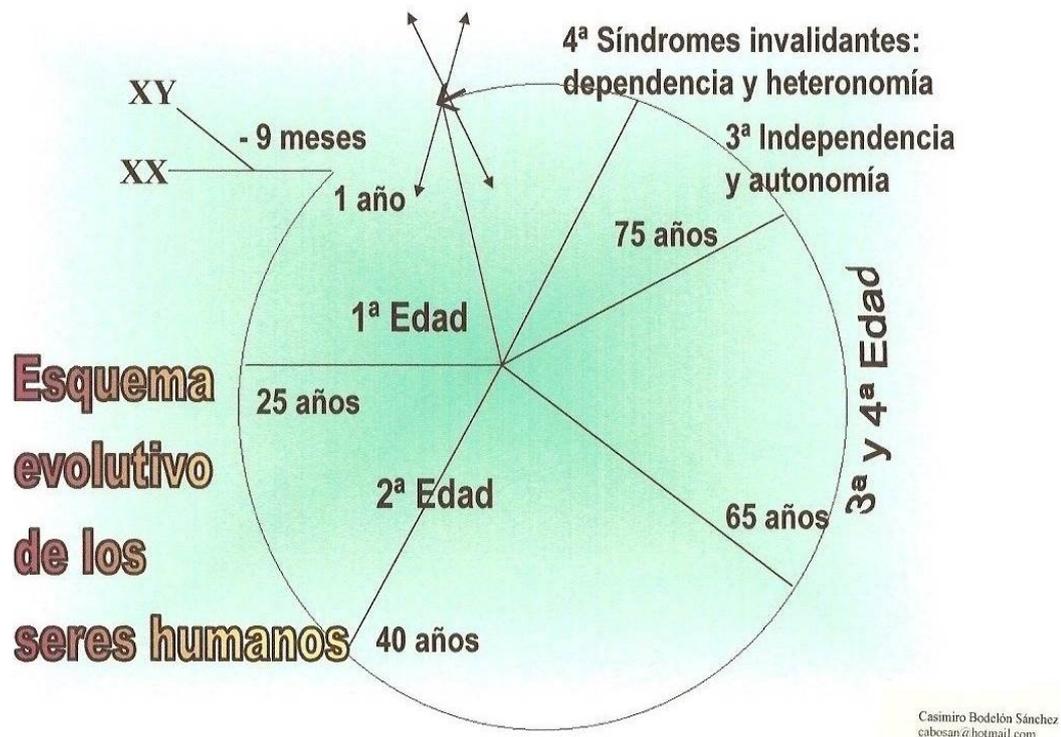
Antes de meterme en materia, quiero presentar en pantalla un texto de JUNG, que puede resultar útil a fin de que cada uno de los presentes se sitúe y no piense que lo que diremos aquí es para aplicarlo a los “otros” con los que trabajaremos o trabajamos, sino que, en primer lugar, lo que diremos, sería bueno aplicarlo y reflexionarlo para nosotros mismos, a fin de prepararnos ya adecuadamente a nuestra jubilación, aprendiendo a envejecer dignamente y como medio de realizar nuestro trabajo con mayor conocimiento de causa.

1.- Texto de Jung

Demasiada gente busca aún fuera de sí mismos: unos confían en los engaños de la victoria y de la fuerza triunfante, otros en tratados y leyes; otros aún, en el vuelco del orden establecido. Algunos, muy pocos, buscan dentro de sí mismos, en su propio ser psicológico.

**Una minoría, todavía demasiado escasa, se pregunta si, en definitiva, la mejor manera de servir a la sociedad y al hombre, no consistirá en comenzar, cada uno por sí mismo, a aplicar en primer lugar y exclusivamente sobre su propia persona y en su propia economía interna, las reformas preconizadas a todos los vientos.
(Jung)**

2.- EL CICLO VITAL



El Profesor Luis CENCILLO¹, desde su venerable senectud, y con una lucidez propia de su plural sabiduría, aplicada a nuestra realidad, nos trasmite una serie de ideas que deseo glosar porque las considero de capital importancia y trascendencia en la cuestión que hoy nos ocupa.

En el primer capítulo de la obra citada, el profesor Cencillo nos dice que “los viejos son hombres y mujeres que están acabando de vivir y que han tenido la suerte que todos desean de <<vivir muchos años>>” (p.11). Son una clase social a la que no se suele admirar ni se les envidia; más bien, dice él, “se les tiene lástima y aun se les desprecia (en la sociedad occidental y de raíces cristianas por supuesto: ¡qué raro! ¿no es verdad?)”.

“Hay que darse cuenta –sigue afirmando el Profesor– y tomar en consideración que en materia de trato y sobre todo de actitud afectiva hacia los

¹ LUIS CENCILLO, (1998), Abordaje terapéutico de ancianos, Madrid, Ediciones Fundación, pp. 170

ancianos nuestra sociedad se encuentra en estado <<salvaje>> (o <<pre-salvaje>>) (p.18).

Si volvemos al gráfico de pantalla donde presentábamos el ciclo vital, debemos subrayar que “lo mismo que sucede en la primera infancia, hay diferentes etapas de envejecimiento y no en todos siguen éstas el mismo ritmo. (...). Lo mismo que se cometen indelicadezas con los niños hablándoles a los de 7 años como si tuvieran 5 y a los de 13 como si tuvieran 10 (y sin tener en cuenta el desarrollo personal en cada caso), igual se hace con los viejos” y en cuanto se ven juntos en un rostro canas y arrugas, hasta profesionales como médicos, psicólogos o asistentes sociales se dirigen a ellos como si de niños se tratara. Lamentablemente, en cuanto a una persona se la cataloga como vieja o jubilada, la mayoría tiende a tratarla como si fuese un menor o un discapacitado mental. A este respecto afirma con buen sentido profesional el Dr. Cencillo que “más vale pasarse por tratar a ancianos demasiado deteriorados de forma que se les supere que, por lo contrario. Y esto es más necesario aún que con los niños”-

El lenguaje infantil y ñoño aplicado a las personas mayores (abuelitas, ancianitos, Hermanitas de los ancianitos desamparados (!)... no deja de ser bastante estúpido, pero conviene recordarlo aquí y ahora, “muchacha gente, y en las residencias, centros asistenciales y establecimientos públicos (...), ya sólo por su aspecto sin haberse parado a considerar su pasado o su altura intelectual, se les trata infantilmente, se les riñe, no se les toma en serio, se les habla sin respeto y sin seriedad no pocas veces” (p.19). Las formas poco respetuosas y nada humanas de tratar a las personas una vez catalogadas como “jubiladas” dice muy poco a favor de nuestra educación y cultura occidental, y deberíamos ser más cuidadosos en este aspecto.

4.- Las necesidades más urgentes de los ancianos

Cuanto tratamos a diario con las personas mayores, si no somos un poco cuidadosos, corremos el peligro (por ignorancia) de cometer indelicadezas y no llegar a entender lo que pasa por dentro de las mentes de esas personas que esperan de nosotros una mayor profesionalidad y conocimiento de su situación. Algo que debemos saber y no olvidar nunca es que quien ha disfrutado de la máxima

independencia y autonomía, se siente muy humillado y molesto cuando tiene que aceptar (velis nolis) su estado de “DEPENDENCIA”.

“El viejo suele darse perfecta cuenta de que está solo y de que no se vale por sí mismo, ni siquiera para ser y sentirse “él mismo”. Y la compañía que cree necesitar, cuando la tiene, le aburre y hasta puede irritarle, pues no concuerda ya con su mentalidad. Y este es un problema tremendo cuando se produce: no poder estar a gusto sin nadie, pero tampoco con alguien (y añorar siempre una persona ideal que nunca se encuentra)” (p.28).

“El viejo demanda que se le comprenda. Lo malo es que rara vez encuentra alguien dispuesto a comprender y darle una compañía eficaz, sin ese insoportable tono protector y tolerante” (p.29).

“Tal vez la necesidad más urgente de las personas mayores es que se las tome en serio. En general el bienestar básico en el trato social es el de ser tomado en serio”. Uno de los males que empieza a experimentar el viejo es que sus opiniones YA NO TIENEN VALOR: se duda de sus testimonios, de sus apreciaciones... y, hasta se duda de lo juicioso de sus proyectos, deseos, consejos... Se dice de ellos que <<CHOCHEAN>>... y, a partir de aquí dejan de ser interlocutores válidos. ¿Puede darse mayor marginación, mayor negación de existencia?

Otra necesidad es la aprobación de su conducta. Sin esta gratificación básica, se va a incrementar un sentimiento de inseguridad y de duda permanente de si realmente está haciendo bien las cosas o ya no vale para nada. De hecho, suelen verbalizar: “¡como ya no valgo para nada...!”, esperando que se les reproche, y se les confirme lo contrario. Y no hay mayor ofensa que tratar a una persona mayor como “un trasto viejo que no vale para nada”. Esta verbalización les resulta más deprimente y degradante que la comprobación de sus propios achaques físicos, de los que, mal que bien, son muy conscientes; pero el colmo de la desgracia es comprobar que los demás piensan en ellos como “carga o desecho”. (Una forma de hacerlo, sin decirlo, es reñirles como a niños por cualquier cosa que hacen mal, ante cualquier error o despiste, o aprovechar el error para justificarlo por el hecho de “tener años”: <<¡abuelo, ya no tienes 30 años!>>)

Un mecanismo de defensa al que suelen agarrarse es aliarse con los niños (nietos), porque éstos aún no juzgan tan dura y fríamente como los adultos sus conductas y actuaciones. El peligro de estas alianzas está en que los abuelos lleguen a comprar y utilizar a los pequeños como juguetes compensatorios y aliados para sus intereses. De ahí, también la desconfianza de ciertos padres a la hora de “dejarles” los niños pequeños.

5.- La mentalidad senil

pero está claro también que unos envejecen antes que otros y con consecuencias muy diversas, por lo que no es aceptable querer unificar de forma estereotipada el envejecimiento como algo automático e igualitario. Craso error, pero en el que se cae frecuentemente. No deja de ser una caricatura que muestra nuestra ignorancia sobre el tema.

Nos encontramos con viejos mentales a los 50 años, y otros con 65, 75 y más años, mantienen una frescura mental y una creatividad envidiable. Este hecho demuestra de forma fehaciente que “el desgaste orgánico del cerebro no es equivalente del todo, no <<cubre>> adecuadamente el envejecer mental” (p.34).

Las personas mayores, con el paso cronológico de los años, van teniendo una sensación que Cencillo llama de <<EXTRAÑAMIENTO>>. Dice él a este respecto: “El sujeto suele tener cada vez con más frecuencia la sensación de que su mundo de siempre se le ha vuelto extraño. Con frecuencia le hace el efecto de encontrarse de pronto en el extranjero, rodeado de personas de otra etnia, otra cultura y otra lengua” (p.34).

Los recuerdos y las experiencias conllevan una constelación de afectos y es esa constelación emocional la que hace que este mundo de hoy ya no se corresponda con su mundo de ayer y de ahí su <<extrañeza>> ante un mundo que “se le ha hecho ancho y ajeno” y, como consecuencia: <<aburrido y depresivo>>.

Esta fragilidad personal, emocional, vital puede, en la mayoría de los casos, provocar regresiones infantiles, mayor sensibilidad a temores y miedos lo que hace que las personas mayores, por lo general, unas se vuelven recelosas y otras, sencillamente se deprimen (es otra forma de “huir” o refugiarse). Esta fragilidad

personal, emocional, vital puede, en la mayoría de los casos, provocar regresiones infantiles, mayor sensibilidad a temores y miedos (¡¡¡¡¡¡por ejemplo, ante el silencio y la oscuridad de la noche!!!!!!). El celador “avisado”, evitará ridiculizar estas conductas; por el contrario, si las detecta, debe hacerse presente mediante paseos o entradas en la habitación para confirmarle al anciano o anciana “disimuladamente dormido/a”, que se está allí para lo que haga falta, lo cual, como pasaba con los niños, les devuelve la confianza y acaban durmiéndose y descansando adecuadamente, lo que no sucede (con el incordio consiguiente para todos) si se les reprocha o regaña por algo que es así y no tiene vuelta de hoja.

Unos sentimientos afectivos muy perniciosos que se dan en las personas mayores son los de <<frustración, pérdida y fracaso>>. La sensación de que “todo tiempo pasado fue mejor” y de que si algo va mal, alguien tiene que ser el culpable, empuja al anciano a achacar a su familia o a “alguien” la causa de sus males. Estos sentimientos crean en estas personas

- distorsión emocional (extrañamiento)
- regresión afectiva y estimativa
- mentalidad infantiloides
- simplificación confusa de los procesos lógicos
- perturbaciones de la identidad
- pesimismo irracional u optimismo iluso

Cuando además hay deterioro fisiológico, aparece

- distorsión de la memoria
- lagunas secuenciales (olvidos)
- dificultad para reconocer personas

Pero, a pesar de todas estas secuelas, <<la vejez no es una enfermedad ni un escándalo, sino un estado existencial generado por el hecho de haber vivido mucho (nunca “demasiado”). Es una etapa en el proceso del devenir humano, que tenemos obligación de humanizar y librar de las cargas negativas o destructivas, en lo que esté a nuestro alcance>>.

Muy atinadamente apunta el Profesor Cencillo (p. 56): “... el sujeto humano se va haciendo al hacer su mundo propio, sobre el que teje la trama de la cultura, las

identidades, los valores, la información y los significados. Por eso cada grupo evoluciona y envejece de modos muy distintos. Y a estas opciones en el riesgo se las llama <<existir>>”.

Refiriéndose al proceso de envejecimiento como modo de existir, Cencillo (p. 59) enuncia los siguientes postulados:

- Mientras el organismo se estanca y empieza a decaer, la personalidad² no tiene por qué decaer en su creatividad y en su lucidez intelectual.
- Hay tareas y sobre todo modos de actuar y de divertirse que, por sus motivaciones correspondientes, son propias de una edad determinada, y anacrónicas si se pretende que se vivan en la vejez. Es el error de muchos organizadores del ocio de los ancianos.

Partiendo y sacando las conclusiones pertinentes de estos dos postulados, se debería lograr que la asistencia a ancianos no décréptos les ayude a “ser más ellos mismos, en lugar de aturdirles con motivaciones de gente más joven, despertándoles la conciencia de que <<han de recuperar lo que antes no tuvieron>>” (p. 60). Sería un atentado a la identidad del anciano y muy perturbador para su equilibrio senil “crearle falsas expectativas de una tardía juventud y animarles a prácticas para las que ya no está. Esto suele hacerse y mucho, porque los animadores y monitores no saben qué otros recursos usar y proyectan sus propias motivaciones en sus protegidos” (p. 65). Estos anacronismos sólo pueden ser fruto del consumismo y nunca de la sensatez.

Y quiero acabar este esbozo de retrato robot de lo que es una persona anciana, con sus cualidades, sus defectos y sus necesidades para luego intentar situar la labor de los voluntarios en nuestras residencias, con unas ideas tomadas del Profesor Cencillo (pp. 68-69):

- Hay cuestiones específicas que interesan en esta edad y que los más jóvenes no comprenden. Plantearse objetivamente el final (y no para acelerarlo, sino

² “La personalidad es un todo que unifica indisolublemente afectividad, memoria, imaginación, inteligencia, tendencias, pulsiones, necesidades y voluntad, todo lo cual se focaliza en el yo”. Cencillo, o.c., p. 72

para afrontarlo en plenitud) no es insano, lo insano es no querérselo plantear y hacerlo de modo obsesivo y macabro³.

- Los ancianos no son niños y por lo tanto no deben ser mediatizados por nadie, hay que ayudarles en lo que ellos no se pueden ayudar, pero no programarles su modo de existir y de pensar.
- Y aunque sean los ancianos, por lo general, menos aptos para cuestiones prácticas y de lucha profesional, siguen siendo adultos y tienen derecho a vivir, a sentir y pasar su tiempo como lo deseen desde su propia motivación.
- No es pertinente ni justo crearles machaconamente la conciencia de que debe ser de otra manera.

VI.- ¿Qué es un voluntario?

“Los voluntarios son personas que se comprometen de manera desinteresada, no retribuida, a poner sus capacidades y parte de su tiempo al servicio de las demás personas” (M^aC. Ferrer de Heredia, p.238)⁴.

Características:

- Persona especialmente sensibilizada ante las necesidades ajenas
- Persona integrada en una organización o que participa en programas o servicios de acción social
- Persona que colabora de forma no lucrativa
- Persona que respeta plenamente la libertad, creencias, valores e ideología de la persona beneficiaria
- Persona capaz de responsabilizarse de su compromiso libremente aceptado

³ Un buen servicio religioso, con personas maduras y bien preparadas en Teología y en Filosofía, es algo a lo que no debe hacerse asco, porque, lejos de sectarismos y fobias clericales, los principios filosóficos y teológicos puestos al alcance de las personas mayores por personal competente, son un excelente apoyo para madurar y mirar hacia el más allá con serenidad. Por el contrario, el sermoneo inadecuado y carente de peso específico al que se somete a veces a los personas mayores, es impropio y está fuera de lugar. Y en este terreno hay que ser muy serios y muy profesionales, lo que no siempre sucede

⁴ AA.VV.,(1987), El Voluntariado Vicenciano Hoy. De la asistencia a la participación. Madrid, ACSVP.

Cualificación del voluntario: Formación y acompañamiento

Los voluntarios, en principio, no tienen por qué ser especialistas, pero su labor concreta sí exige una preparación adecuada, para desempeñarla sin riesgos personales ni para los usuarios, que, en ningún caso y bajo ninguna condición deben ser objeto de experimentación por parte de nadie (aunque sea con visos de buena intención e inmejorable voluntad). “El <<amateurismo>> es tanto más peligroso en cuanto que la acción se lleva a cabo con personas vulnerables, frágiles, que necesitan un apoyo constante y adecuado...” (o.c., p. 243).

Esta preparación concreta para el desempeño de una determinada labor o programa debe ser proporcionada por la entidad en la que van a ejercer su labor voluntaria. Esta formación supondría, por ejemplo

- reforzamiento de motivaciones, aptitudes y talentos
- clarificación de actitudes
- dotación de informaciones básicas y conocimientos precisos ad hoc

Relación entre Profesionales y Voluntarios

Un tema siempre presente y nada fácil de solucionar, es el de la relación entre los profesionales asalariados (trabajadores de plantilla de la institución o centro) y los voluntarios que ofrecen su colaboración voluntaria.

Tenemos muy claro que a los beneficiarios (en nuestro caso, ancianos residentes) les resultará positiva la presencia y labor del voluntariado; pero no podemos dejar de subrayar que, si las cosas no se plantean bien o no se llevan a cabo de forma adecuada, no tardan en presentarse problemas de relación entre el personal de plantilla y el voluntariado, con secuelas negativas para ambos colectivos y sobre todo, con repercusiones nefastas para los residentes, que captarán inmediatamente las tensiones (expresas o latentes).

El personal profesional o de plantilla puede sentirse de alguna manera mirado con mentalidad <<crítica>> por los voluntarios “porque ellos no saben lo duro que resulta trabajar todos los días con estas personas mayores, cargadas de manías”. “Claro, ellos sólo vienen unas horas a la semana, pero los que tenemos que estar aquí todos los días vemos las cosas de forma muy diferente”. “Además, se creen que con

paternalismos o caridades los ancianos están mejor, y se equivocan. Aquí lo que hace falta es profesionalidad, que ellos no tienen, porque vienen aquí como hobby”.

Pues, no. Un voluntario no tiene por qué ser un consumado especialista, ni va a prestar su apoyo de forma paternalista ni por puro hobby; ni es justo que se le considere o trate como un <<serviente de los profesionales>>. La labor del voluntario es complementaria y nunca sustitutiva de la de los profesionales de los servicios sociales concretos. Tampoco son unos intrusos laborales que camuflan puestos laborales. Contratados y voluntarios son necesarios y útiles para optimizar el bienestar de los residentes.

No hay la menor duda de que cualquier trabajo, por muy profesional que se sea, llega a crear una cierta rutina en quien lo desempeña. Y la rutina, en una residencia de ancianos es como la carcoma o la polilla, que casi ni se perciben, pero cuyas consecuencias son absolutamente destructivas. La acción del voluntariado, con sus actuaciones, presencias o programas concretos, rompen la rutina del día a día y crean un punto de diferenciación; ponen otro calor y dan un colorido diferenciado al rítmico (pero también monótono) transcurrir de la vida residencial.

En evitación de posibles “choques” entre profesionales y voluntarios, es conveniente, en primer lugar que la dirección del centro encargue de todo el voluntariado a un coordinador (normalmente un técnico del centro) y que la labor encargada a los voluntarios sea dirigida fundamentalmente a actividades que complementen (en ningún caso solapen) las llevadas a cabo por los trabajadores de plantilla; igualmente será muy útil su labor en la realización de actividades que no lleven a cabo los trabajadores de plantilla, porque esas actividades puntuales supondrían un “plus” no exigible a los citados trabajadores, pero que, de llevarse a cabo resultarían muy beneficiosas para los ancianos: acompañamiento presencial durante alguna hora; conversar un tiempo con diferentes ancianos; sacar a pasear a uno o varios residentes; ocupación en horas de libre disposición de los residentes en actividades que lleven a cabo los voluntarios para llenar de contenido ese tiempo o enriquecerlo en beneficio de los que lo deseen; en casos muy concretos, realización de labores conjuntas de apoyo con el personal de plantilla.

El aislamiento y la soledad son males progresivos que aquejan a la mayoría de los residentes y que tienen una difícil respuesta sistemática por parte de los

trabajadores de las residencias, respuesta muy problemática a la hora de sistematizar el adecuado tratamiento desde la perspectiva “laboral”, que, per se, es rutinaria y “aséptica” (entiéndase, mecánica y más racional que sembrada de sentimiento afectivo); sin embargo, el personal voluntario, no sometido a los ritmos cíclicos ni a las vigencias del diario quehacer en el centro, puede, en las labores que se organicen desde su vertiente complementaria, desempeñar unas funciones enriquecedoras y supletorias, capaces de satisfacer las necesidades profundas que los residentes sufren en su mundo emocional y de relación humano-social.

Está muy claro que las necesidades llamadas básicas (Nivel 1 de la pirámide de Maslow) se satisfacen en la mayoría de las Residencias de acogida, pero, también es patente a cuantos nos movemos en el entorno de los residentes, que a los niveles 2, 3 y 4, niveles que llevan a la llamada “autorrealización”, no es nada fácil llegar, muchas veces, ni a los mínimos, porque se trata de valores no tipificables en tareas puramente laborales y esa satisfacción exige en el personal al servicio de los residentes una categoría o talla humana, un cúmulo de valores personales, que están más al alcance en la oferta voluntaria que en el diario transcurrir de la monotonía laboral. Sin negar en absoluto que la mayoría de los trabajadores asalariados hacen un gran esfuerzo por añadir a su labor diaria ese “plus” de calidad, y calor humano y afectivo. Se diría, desde mi perspectiva, que en el trabajo del voluntariado ese “plus” es indispensable y su distintivo característico, que convierte su servicio en un auténtico “regalo para los residentes”.

6.-Bibliografía

- ABRAHAM H. MASLOW (1975), Motivación y Personalidad. Barcelona, Ediciones Sagitario, pp. 408.
- LUIS CENCILLO (1998), Abordaje terapéutico de ancianos, Madrid, Ediciones Fundación, pp. 170.
- VV. AA., (1987), El Voluntariado Vicenciano hoy, Madrid, Edita Asociación de Caridad de S. Vicente de Paul, pp. 288.
- J. L. ARANGUREN, (1992), La Vejez como autorrealización personal y social, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 90.
- JOAQUIN GARCIA ROCA (1998), Solidaridad y voluntariado, Santander, Editorial Sal Terrae, pp. 280.
- VV.AA., Documentación Social, Revista de Estudios Sociales, número monográfico sobre *El Voluntariado*. Enero-marzo 2001, nº 122, 352 páginas
- VV.AA., Documentación Social, Revista de estudios Sociales, número monográfico *Las Personas Mayores*. Julio-septiembre 1998, nº 112, 350 páginas

- VV.AA., Documentación Social, Revista de estudios sociales, monográfico sobre *Voluntariado*, julio-septiembre 1996, nº 104, 315 páginas.
- VV.AA., Documentación Social, Revista de estudios sociales, monográfico sobre *La animación de los mayores*, enero-marzo 1992, nº 86, 338 páginas
- J. C. GARCIA FAJARDO (2001), Manual del Voluntario. Madrid, Ed. Solidarios para el Desarrollo, 230 pp.